

K. Méndez-Monasterio

La calle de la luna

 ediciones  
**ÁMBAR**

*A ella, que duerme a mi lado pero todavía reza*

*No pido nada. Solo deseo que alguna mañana,  
cuando mis ojos estén todavía cerrados, el mundo  
entero cambie.*

Yukio Mishima

«Es facilísimo hacer una canción *pop*», dijo ella mientras se arreglaba el vestido y se quitaba la arena de los zapatos, «solo hace falta una *intro* con punteo de guitarra o algo así, una *melodía* sin pretensiones, un *estribillo* pegadizo, y unos *últimos acordes* que se fundan con los aplausos.»

## INTRO

### 1

Qué hijo de puta Carlos, que ya sabía que yo iba a terminar escribiendo todo esto, y yo decía que no, que ni de coña, y no mentía porque ni ahora me creo que lo esté haciendo, ni que llegue a terminarlo algún día. Pero aquí estoy, rellenando folios sin saber muy bien para qué... Para nada, supongo, siempre hago todo para nada; quiero decir que nunca camino para llegar a algún sitio, sino porque me apetece caminar; y no me siento a la mesa para alimentarme, sino por apetito, a veces desordenado; ni siquiera hablo para que me entiendan, solo es por el placer de escucharme; no me levanto para hacer tal o cual cosa, sino porque me despierto; no tengo agenda ni reloj, no hago nada para nada... después de Madrid, me refiero, antes sí. Antes era distinto porque en mi ciudad hay mar. Hay un mar que gusta mirarlo y quedarse uno callado sin pensar en otra cosa. Yo solía hacer eso antes de venir a Madrid para continuar mi carrera, de derecho, claro. Me lo propuso el jefe en la mesa, comiendo, delante de Marina y de mi madre: «¿Por qué no te vas a Madrid a estudiar? Considéralo». ¿Por qué no se iría él al carajo y nos dejaba en paz a todos? Mi madre pensaba igual que yo, seguro, que se fuera al carajo quería, pero se calló: me mandó su silencio cómplice a Madrid, mientras hundía, tan callada, la cuchara en el guiso; sin hacer ruido y sin salpicar una gota.

Y no es que a mi me importara, incluso me apetecía irme, pero eso no quita para que en casa me hubiera ido la vida mejor... por muchas cosas, sobre todo por el mar. El mar templa... somos buena gente los costeros.

La verdad es, sin embargo, que me atraía la idea de marchar. Madrid era todo un mito, entonces. Me lo imaginaba yo en blanco y rojo, como mi elepé doble de Nacha Pop en directo, grabado en la discoteca Jácara. Música y muchas letras distintas, poéticas o idiotas, no lo sé. Así debía de ser aquella ciudad a la que me quería mandar el viejo porque no me soportaba. Tampoco era nada grave, que no me pegaba ni nada... ni discutíamos casi. Era una incompatibilidad química, palpable; se sentía en lo incómodo de las conversaciones, en lo forzado de las comidas del domingo, como aquella en la que se empeñaba en largarme a Madrid.

Marina no quería que me fuese. Nunca quiere nada de lo que dicen los jefes, y se pone a hacer apartijos en el plato de lo que le gusta y lo que no le gusta, y lo que no le gusta se lo come, sufrida, mi madre. Es la más pequeña, Marina, bastante mimada y tal. Seguro que mi padre no la manda a ningún lado a estudiar: son las ventajas y las putadas del cariño. Cuando él llega a casa la busca y le da dos besos exagerados, y la aburre con esos apretujones que me espantan, que me causan cierta grima, porque no tiene edad de abuelo, porque parecen gestos blandísimos y huecos. «No quiero que se vaya, no quiero quedarme sola con vosotros» decía aquello, Marina, porque mis hermanos mayores ya se habían ido y la casa nuestra, antes tan ajetreada de peleas y risas, ahora se ha quedado oscura y silenciosa. Oscuridad en los cuartos que ya no habita nadie; silencio en las mañanas, cuando ella se iba al colegio, que no había pelea en la cocina... Sí, se imaginaba Marina más sola que nunca, acompañada solo de la oscuridad y el silencio que habitaba en casa con mis padres.

Era de junio, aquel domingo; empezaba caliente un verano rapidísimo. Se me iba a hacer extraño despedirme de mi habitación porque yo siempre había vivido allí. Por mi ventana veía, desde que era un crío, al vecino calvo del otro lado de la calle que miraba

la tele a todas horas: se llenaba su casa con los destellos azules de la pantalla que dibujaban su silueta, y en la redondez de su cabeza se veía que era calvo. Y también otras ventanas, veía, de otras casas; y el pasar de los coches y los peatones; el cerrar y abrir de los comercios y algún accidente, a veces, en la esquina. Me imponía abandonar aquella vista tan mía y marcharme a Madrid, aunque no en exceso. A esa edad solo te preocupan estupideces del tipo me llamará o no me llamará la piba de ayer, o si el catedrático de Penal guardará las notas hasta septiembre. Poco más. Quizá también Carlos, que era un buen tipo de allí, un amigo, de casa... quizá también me preocupaba despedirme de él. No aguantaba que me separase yo del mar y decía que mi padre era un gilipollas; en eso estábamos de acuerdo varios. Una noche de ese verano, estando algo chuzos en la playa, persiguiendo con disimulo a dos niñas presumidas, me dijo que seguro que yo iba a escribir un libro de lo que viviese en Madrid, porque yo me fijaba y sentía mucho las cosas, decía. Que no dijese memeces, le contesté, y que espabilase que se nos escapaban las tías; pero él nada, empeñado en que escribiría y no sé qué más chorradas de borracho. Se nos escaparon, claro, las posibilidades, y se pusieron a tontear con dos madrileños rosas de sol.

Pasé aquel verano junto a Carlos y a Gregorio, otro amigo de allí. Lo pasamos, como siempre, los tres juntos. Sin querer darnos mucha cuenta de que no volveríamos a pasarlo igual. Perseguimos, espoleados de hormonas, todo el rímel que se movía, autóctono o de fuera. Bebimos juntos un día y otro día, y a veces nos sentábamos en la playa, a esperar la resaca y la marea, a escuchar el rumor de las olas mezclado con la música del coche o de un garito cercano.

Llegó septiembre y me despedí de ellos, de todos los demás amigos y de una piba imponente, que debía haberse vuelto loca y me había dicho que sí los últimos días. Le gustaba una canción que hablaba de otro verano, de discos amontonados en una habitación y de los rollos que fácilmente vienen y fácilmente se van. Quizá por eso me dijo que sí, porque sabía que yo me iba y le apetecía

despedirse de alguien, y que la echasen de menos. Realmente ahora me ha venido a la cabeza la canción y no la chica, que ni idea de cómo se llamaba. Mis recuerdos tienen música, tienen banda sonora porque aparecen dentro de un coche o en un bar de copas, o incluso andando por la calle; tienen música porque yo iba a todos lados cantando, como un idiota.

En una maleta te cabe toda la vida; en la mía sobraba sitio porque había vivido muy poco. Se te hace extraño partir con un par de bultos y no echar nada en falta... quizá la guitarra, que me gustaba aporrearla pero me daba vergüenza viajar con ella, porque pareces un aristogato venido a menos. Sentirse completo con tan poca cosa provoca un vértigo por lo que vendrá, como si fueras una piedra rodando montaña abajo, limándose, redondeándose en un larguísimo descenso, sin saber muy bien dónde vas a detenerte.

Al principio, en Madrid, viviría en casa de mis tíos... después ya veríamos, según mi madre. Como a mí no me entusiasmaba la idea me la vendía a ratos, mientras me ayudaba con el equipaje.

«Tío Agustín es encantador, ya lo conoces. Además te tiene mucho aprecio... Viven en una zona muy buena, cerca de todo... Vas a estar casi mejor que aquí, que sí, que sí, que ya lo verás.»

Agustín era su hermano. Trataba de hablar de él porque su mujer era un adefesio raro... Me daba pánico la idea de convivir con una chalada, por eso yo también concentraba mis pensamientos en el tío. Agustín era soportable: no caía en el error común de pretender ser enrollado y amigo tuyo, esas cosas que le pasan a la gente que no tiene hijos, que parecen gilipollas, a veces.

Mi madre seguía hablando de su hermano y llenándome la maleta de lana. «En Madrid hace más frío que aquí. No te confíes, abrigate más.»

Sí. Hace bastante más frío y más calor, es todo más fuerte. El mar templado, ya lo he dicho. Mi madre era templada sobre todo cuando agarraba mi mano y cantaba para dormirme, hace ya mucho, cuando yo era pequeño. Después llegó Marina y yo ya era mayor y ya tenía que dormir solo. Me acordaba de todo esto viéndolo a la jefa meter jerséis horribles en mi maleta. Los sacaba del ar-



mario, los sacudía, y luego volvía a doblarlos fabricando un equipaje ordenadísimo, medido al milímetro; atendiendo, incluso, a colores y tonos. Un arco iris de ropa vieja y nueva, que habría de arrastrar yo con las dos manos.

Dejé el mar y mi ciudad en septiembre. Me fui en tren, con esa jodida forma que tienen los trenes de marcharse, que parece de otro siglo. Y era otro siglo, sí, pero entonces también lo parecía. Viajé toda la noche para amanecer en Madrid. «Adiós, Luis» dijeron mi madre, Marina y Carlos desde el andén. Porque yo me llamo Luis. Luis Peralta.

## 2

No sé que año era. Podría hacer el cálculo y ponerme a pensar y a restar, pero no me apetece, no tiene mucha importancia. Era otoño, eso está claro, y ya no había muro. Empezaba la moda de operarse las tetas pero todavía era cosa de modelos, de rostros de la tele o el cine, y de putas caras. «Gente guapa» se decía en inglés, porque hacía moderno, como creen los horteras que hacen neoclásico las balaustradas y los bustos en los jardines. Había un revuelto de banqueros, y políticos, y cárceles en los telediarios, y ya asomaban las historias de cama, de cuerno y ladilla en las revistas, compitiendo en las casas bien con los periódicos de grapa. Corrían los tiempos nuevos con discordias viejas en forma de petardos y banderas... Pero de todo esto a mí solo me interesaba Madrid. Allí, unos años atrás, alguien había puesto en marcha una máquina extraña repartiendo guitarras y frases tontas. Cada cuatro que sabían silbar formaban un grupo y empezaron las casualidades. Ni siquiera ellos eran muy conscientes de que habían encontrado, cada uno, un tono ideal, una melodía; solo una quizás, pero una distinta cada vez, en cada nuevo grupo... y eso era bastante. Era más que bastante.

Cada quién cantaba su historia, que era la nuestra, y cuando se la tarareabas a una niña estaba convencida, la piba, de que se había